

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Cuarto grado
Estudios Sociales

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Cuarto grado
Estudios Sociales

El perro que descubrió el mundo

Anónimo

En una angosta calle, junto a una pared y a un poste, un perro estaba sentado; se llamaba Flex, era de color blanco como la leche y tenía unos ojos negros como el carbón; pensaba:

—¿Seré yo el único en el mundo?

Tal curiosidad le hizo sacudir hasta el último pelito de la cola; entonces decidió averiguar y empezó a caminar.

No anduvo mucho, cuando encontró la primera sorpresa. Vio un animalito de orejas puntiagudas, largos bigotes y filudos dientes, el cual al ver que alguien se acercaba se erizó, entonces le preguntó:

—¿Qué cosa eres?

—Soy un gato —contestó asombrado, y aclaró— me llamo Ekué.

—¿Eres diferente a mí? —observó Flex, examinando a este personaje.

—Yo pertenezco a la familia felina y tú a la canina, por eso somos diferentes.

—Gracias, Ekué —dijo Flex. Yo he salido a descubrir el mundo.

Siguió caminando y mientras se acercaba a los árboles descubrió un pequeño animal, el cual, sobre dos patas flacas, recogía pequeñas ramitas. Flex aprovechó que el pequeño animalito no le había sentido y sin miedo se acercó y le dijo:

—¡Hola!

El otro se asustó, pegó un brinco y soltó todas las ramitas que había recogido y en tono violento reclamó:

—¿Te has vuelto loco o qué te pasa?

—¿Por qué? —preguntó Flex.

—¿No sabes que nosotros, los pajaritos, tenemos un corazón muy débil?

—¿Corazón? —interrumpió Flex.

—¿Acaso no sabes lo que es el corazón? —dijo el pajarito.

—No —respondió, triste, Flex.

—No te preocupes, yo te diré lo que es el corazón.

Entonces el pajarito abrió sus alas, tomó impulso y voló hasta una ramita que estaba más o menos a la altura de Flex. Flex dio unos saltos de alegría por haberle visto volar, y se sentó a escucharlo.

El pajarito empezó a hablar:

—El corazón es la parte más débil y más linda que tenemos todos, hace que las cosas sean y se presenten más bellas. Es la semilla del amor y gracias al amor se logra la unión. Cuando el amor reine por completo en este mundo habrá paz, y esto se logra poniendo el corazón en las cosas que se hace.

Flex movió su colita agradeciendo al pajarito la explicación, y lleno de alegría continuó su camino.

Llegó a un sitio donde había mucha basura, entonces observó una pequeña bola negra, con larga cola, que corría dirigiéndose a un hueco.

—Espera —gritó Flex. ¿Por qué te escondes?

—Soy un ratoncito y por aquí hay muchos gatos —respondió temblando.

—¿Acaso temes a los gatos? —preguntó, riendo, Flex.

—¡Claro! —dijo en tono alto el ratoncito, y aclaró: —El gato persigue al ratón, como el perro persigue al gato.

—¿El perro al gato? —preguntó asombrado.

—Sí, es una tradición que viene desde hace mucho tiempo, dijo el ratoncito.

—Bueno, ratoncito, suerte. Tengo que seguir adelante, tengo que descubrir el mundo —dijo Flex.

Y se fue, mientras el ratoncito se perdía en un agujero.

Al cabo de unos minutos de haberse despedido del ratoncito, cruzó un sitio lleno de árboles en donde se oían muchos silbidos de pajaritos. Flex se emocionó y saltó de alegría. Ese momento recordó a sus tres amigos con un sentimiento especial, recordó lo que le dijo el pajarito y supo que había descubierto el amor. Corrió loco de alegría por un momento y se paró mirando las copas de los árboles. Entonces le gritó al pajarito:

—¡Gracias, pajarito. He descubierto el mundo!

Las oshotas

Anónimo

Había una vez dos hermanos, uno era rico, era dueño de una hacienda y tenía mucho ganado; y el otro era pobre y tenía una vaca.

Un día, el hermano rico le dijo al pobre que pelara la vaca, hiciera oshotas y se fuera a venderlas. El hermano peló la vaca, hizo las oshotas y se fue a venderlas. Gritaba: “¡Oshotas! ¡oshotas!”, pero nadie le paraba bola, apenas vendió dos pares.

De regreso a casa, a la mitad del camino, vio una luz y se acercó haciendo un poco de ruido. Era una peña donde vivían unos ladrones. Al oír algo, los ladrones se levantaron mareados, cayeron a un pozo profundo y todos murieron. El joven pobre se quedó con todas las riquezas que había en la peña, pero no tenía cómo cargar tanto peso, así que alquiló bastantes mulas.

Cuando llegó a casa, el hermano rico le dijo:

—Ya ves, hermano, te fue bien.

A lo que el hermano pobre contestó:

—Sí, me fue bien.

El hermano rico sentía envidia de que el hermano pobre se hubiera enriquecido, así que ordenó a sus trabajadores que pelaran a todas las vacas e hicieran oshotas, y salió a venderlas. Pero no vendió nada y regresó más pobre que nada. Así, el hermano rico se hizo sirviente del hermano que era pobre.

Un ser misterioso

Magaly Bustos

Cierta día, con un sol radiante y el chillido de los pajarillos, el aroma dulce de hermosas flores y el rocío de la lluvia, una niña llamada Alejandra salió de su cama con tranquilidad para desayunar. Mientras tomaba un dulce chocolate vio en la lejanía, en el fondo del paisaje, a una persona que se acercaba muy lentamente a su rancho, y se dijo: “Es un anciano, necesita ayuda”. Salió apresuradamente a buscarlo y, mientras iba caminando, tropezó con una piedra brillante, la tomó y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Llegó frente al anciano y este, preocupado, le pidió ayuda: que lo llevara a un lugar cercano para descansar. Sin dudarlo, Alejandra lo llevó a su pequeño y humilde rancho. Al llegar tomó unas pocas galletas con té y se lo sirvió. El anciano, muy alegre, le agradeció por tanta amabilidad. La niña, con algo de temor, le preguntó: —¿Qué hace un anciano en un lugar tan alejado de la ciudad? El anciano no le contestó. Alejandra no insistió más y dejó que se quedara y descansara en el rancho.

Al día siguiente realizó la misma rutina, pero al despertar el anciano ya no se encontraba en su cuarto. Esperó hasta que regresara y cuando llegó le preguntó adónde había salido, a lo que le respondió:

—A buscar algo que se me perdió.

Y salió sin darle explicación alguna.

Ya era muy tarde cuando Alejandra decidió salir a buscar al anciano. Llegó a un lugar muy funesto, escuchó unas voces, se acercó más y, entre esas voces, escuchó a cierto anciano que decía que mientras no encontrara aquella piedra él no se iría de ese lugar, porque era lo único que podía hacer para regresar al espacio.

La niña pensó: “¿Qué es lo que pasa? ¿A quién estoy dejando vivir en mi casa? ¿Quién es el misterioso anciano?”. En ese momento decidió que, cuando el anciano llegase a la casa, le haría las preguntas necesarias para saber quién era realmente.

Así fue, cuando llegó al rancho le preguntó de dónde venía y quién era realmente. El anciano respondió que él no era ningún anciano, como pensaba, y mientras decía esto se sacaba un traje que cubría su rostro, pues verdaderamente era un personaje muy horrible que hizo que la niña se alejara de él. Entonces le contó que él tenía que recuperar una piedra especial que había perdido y que necesitaba para llegar a su planeta. Muy asustada, Alejandra le confesó que ella había encontrado una piedra con aquellas características. El anciano se alegró mucho y le pidió que le regresara la piedra, porque era el único mecanismo para poder llegar a su lugar de origen. Alejandra tomó la piedra de su chaqueta y se la entregó. El anciano la recibió, salió apresuradamente de la casa, a un lugar no tan lejano, donde la piedra se ponía en contacto con el sol, y se despidió:

—Gracias por todo, tú me escuchaste y me aceptaste en tu casa sin conocerme.

Desde ese momento, aquel rancho ya no es el mismo, pues los ciudadanos viven atemorizados de que en cualquier momento pueda llegar otro ser misterioso.

Magaly Bustos estudia en la Unidad Educativa Macandamine. Este relato fue seleccionado en el concurso “Nuestras propias historias”, organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

Un objeto volador no identificado

Gustavo Echeverría

Érase un día como cualquier día de los días de la vida cotidiana, así como normalmente se vive, sin esperar algún evento sorprendente o algo anormal. En la comunidad de la Compañía, en los alrededores de San Pablo del Lago, en el sector del Desaguadero, junto a mi padre, Telmo Echeverría, salimos, en horas de la noche, hacia uno de los terrenos con sembríos de maíz. Eran entre eso de las 19h00 y teníamos la necesidad de coger un poco de maíz, para realizar tostado para nuestra merienda de ese día y parte del día siguiente. Salimos con el gusto de traer lo que necesitábamos para nuestra cocina, pero no pudimos explicar lo que se suscitó en breves momentos.

Nos encontrábamos gustosos y alegres de estar en familia, en horas de la noche y en presencia de la oscuridad, sin linterna o medios que produzcan luz, acostumbrados al campo, cuando, en medio de nuestro terreno, en plena oscuridad, apareció una luz proveniente del cielo cuyo origen no conocíamos. Eran unas luces de colores (rojo, azul, amarillo, plateado), dispuestas en forma circular, que giraban sobre nosotros a una altura máxima de un árbol de eucalipto y sobre todo lo que iluminaban con gran esplendor, y no hacían ninguna forma de ruido.

Sorprendidos, nos arrojamos contra el piso y nos quedamos en silencio total hasta que este objeto volador no identificado se fuera del lugar. Así lo hizo, lentamente, durando esta experiencia unos segundos, nada más, hasta desaparecer en el cielo de la nada. En nuestras mentes y corazones quedó una anécdota increíble y el desconocimiento del origen de esa luz brillante en forma de platillo volador.

Gustavo Echeverría (1985). Trabaja en la Unidad Educativa Francisco de Orellana. Este relato fue seleccionado en el concurso "Nuestras propias historias", organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

La sirena del bosque

Ciro Alegría

El árbol llamado lupuna, uno de los más originalmente hermosos de la selva amazónica, tiene madre. Los indios selváticos dicen así del árbol al que creen poseído por un espíritu o habitado por un ser viviente. Disfrutan de tal privilegio los árboles bellos o raros. La lupuna es uno de los más altos del bosque amazónico, tiene un ramaje gallardo y su tallo, de color gris plomizo, está guarnecido en la parte inferior por una especie de aletas triangulares. La lupuna despierta interés a primera vista y en conjunto, al contemplarlo, produce una sensación de extraña belleza. Como tiene madre, los indios no cortan a la lupuna. Las hachas y machetes de la tala abatirán porciones de bosque para levantar aldeas, o limpiar campos de siembra de yuca y plátanos, o abrir caminos. La lupuna quedará señoreando. Y de todos modos, así no hay roza, sobresaldrá en el bosque por su altura y particular conformación. Se hace ver.

Para los indios cocamas, la madre de la lupuna, el ser que habita dicho árbol, es una mujer blanca, rubia y singularmente hermosa. En las noches de luna, ella sube por el corazón del árbol hasta lo alto de la copa, sale a dejarse iluminar por la luz esplendente y canta. Sobre el océano vegetal que forman las copas de los árboles, la hermosa derrama su voz clara y alta, singularmente melodiosa, llenando la solemne amplitud de la selva. Los hombres y los animales que la escuchan quedan como hechizados. El mismo bosque puede aquietar sus ramas para oírla.

Los viejos cocamas previenen a los mozos contra el embrujo de tal voz. Quien la escuche, no debe ir hacia la mujer que la entona, porque no regresará nunca. Unos dicen que muere esperando alcanzar a la hermosa, y otros que ella los convierte en árbol.

Cualquiera que fuese su destino, ningún joven cocama que siguió a la voz fascinante regresó jamás. Es aquella mujer, que sale de la lupuna, la sirena del bosque. Lo mejor que puede hacerse es escuchar con recogimiento, en alguna noche de luna, su hermoso canto próximo y distante.

Tomado de <https://bit.ly/2TSmqIo> (03/10/2018)

Ciro Alegría Bazán (1909-1967). Escritor, político y periodista peruano. Es uno de los máximos representantes de la narrativa indigenista. Es autor de *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos*, *El mundo es ancho y ajeno*, entre otras obras.

La chilenua (fragmento)

Ana Carlota González

Marco Gómez estaba de mal humor; sus compañeros lo habían insultado por mamarse un penal. Jugaba bien en los entrenamientos, pero en los partidos, cuando estaba frente a mucha gente, todo le salía al revés, se equivocaba y fallaba. —¡Qué desastre! El partido contra la Escuela 25 de junio es nuestra última oportunidad para clasificar. ¡Mañana jugará Juan! —exclamó el entrenador, enojado.

Pero más tarde las cosas tomaron otro giro. Tras una feroz disputa por la pelota, uno de los jugadores cayó encima de Juan, quien competía con Marco por el puesto de delantero izquierdo, y le dislocó el tobillo.

—Juan está lesionado. Mañana jugarás tú, Marco —anunció el entrenador.

Marco escuchó las burlas de sus compañeros.

—¡Vamos a perder por tu culpa!

—¡No le metes un gol ni al arcoíris!

El entrenador les hizo callar.

—No quiero oír más comentarios negativos. Gómez, debes confiar en ti mismo, concentrarte y jugar con seguridad.

Marco pensó que lo que le aconsejaba el entrenador era imposible. Cuando veía tanta gente junta sentía como si se hubiera tragado un ascensor: el estómago le bajaba tres pisos y todo le salía mal. Lo mismo sucedía cuando practicaba atletismo. Al competir en salto alto se desconcentraba, no levantaba bien las piernas y botaba el listón. “¡Es mala suerte!” pensaba.

Entró a su casa con la pelota en la mano, embarrado hasta las orejas. En el comedor, tomando café en las tazas finas, reservadas para las grandes ocasiones, estaba una familia desconocida. Un señor casi pelado, una señora con un bebé en brazos y una niña preciosa, más o menos de la misma edad de Marco. Tenía el pelo castaño rojizo y unos ojos verdes que se iluminaban con chispitas doradas cuando sonreía.

Su mamá explicó que eran los nuevos vecinos, una familia de chilenos. A las visitas les dijo que el que acababa de entrar, sucio y sudado, era su hijo Marco.

La señora del bebé abrazó a su hija.

—¿Viste, Cristina? Al lado vive un cabrito de tu edad, y le gusta el fútbol, igual que a ti.

—¡Me gusta el fútbol! ¡Yo soy el arquero! —exclamó Cristina—.

Marco, sorprendido, soltó la pelota, que rodó bajo la mesa, y al agacharse a recogerla se dio un tremendo golpe en la cabeza. Mientras su mamá corría a traer hielo y la vecina buscaba un parche curita en su cartera, el bebé lloraba.

—No te preocupes, a mí también me pasan esas cosas cuando me pongo nerviosa —dijo Cristina.

Al despedirse, Cristina buscó el lugar menos sucio en la mejilla de Marco y le dio un beso. Sus ojos verdes brillaron, llenos de chispitas doradas. “Nunca más me lavaré la cara”, pensó Marco. Con la bolsa de hielo todavía en la cabeza, se recostó en el sillón y vio que detrás de la pata de una silla estaba un diminuto zapato de

fútbol. Era un botincito negro, con pupos y todo. “¡Qué noveleros! Le compran zapatos de fútbol al bebé que no sabe ni andar”, pensó. Recordó que su mamá tenía un escaipín colgado en el espejo retrovisor del auto. Le había explicado que era suyo, de cuando él era guagua, y que le traía suerte.

Pensó tocar el timbre de la casa de al lado para devolverlo, pero decidió no hacerlo todavía. “Mi mamá dice que los zapatitos de guagua traen suerte. Y yo la necesito para jugar bien mañana”, se dijo.

Al otro día, su mamá lo llevó el colegio en su Fiat destartalado. El escaipín, viejo y desteñido, se balanceaba de un lado para otro, colgado del espejo. Marco recordó el botincito que tenía en la mochila. “Me va a traer suerte”, pensó...

Tomado de González, A. (2014). *La chilena*. Quito: Girándula, Asociación ecuatoriana del libro infantil y juvenil, filial de la IBBY.

Ana Carlota González (1950). Escritora chilena, radicada en Quito. Ha publicado *Un perro puertas afuera*.

Los tres hermanos

Hermanos Grimm

Un hombre tenía tres hijos y no poseía más bienes que la casa en que vivía. Todos sus hijos querían heredarla, y no sabía cómo arreglarse para no perjudicar a ninguno. Lo mejor hubiera sido venderla y repartir el dinero entre los tres; pero no podía decidirse porque era la casa de sus antepasados. Al fin dijo a sus hijos: —Marchaos a correr mundo, aprended cada uno un oficio, y cuando volváis heredaré la casa el que tenga más habilidad. La proposición les agradó: el mayor resolvió ser herrador, el segundo barbero y el tercero maestro de esgrima. Se separaron, conviniendo estar en casa de su padre en un día señalado. Cada uno de ellos se puso en casa de un buen maestro, que le enseñó bien el oficio.

El mariscal herraba los caballos del rey, y creía que la casa sería para él. El barbero afeitaba a grandes señores, y pensaba también que la casa vendría a ser suya. En cuanto al aprendiz de maestro de esgrima, recibió más de un floretazo, pero apretaba los dientes y no se desanimaba, pues pensaba que si tenía miedo no sería para él la casa. Cuando llegó el tiempo fijado, volvieron los tres a la casa de su padre. Pero no sabían cómo buscar la ocasión para manifestar su talento. Cuando hablaban entre sí de su situación, acertó a pasar una liebre corriendo por la llanura.

—¡Diablo! —dijo el barbero; he aquí uno que viene como marea en cuaresma. Cogiendo su vacía y su jabón, preparó la espuma hasta que el animal estuvo cerca, y corriendo tras él le jabonó a la carrera y le afeitó el bigote sin detenerse, ni cortarle un pelo de ninguna otra parte de su cuerpo.

—¡Eso es admirable! —dijo el padre; si tus hermanos no hacen lo mismo, será para ti la casa.

Un instante después pasó una silla de posta a escape.

—Padre mío, dijo el herrador, ahora vais a ver lo que sé yo hacer. Y corriendo tras el coche, quitó a uno de los caballos las cuatro herraduras al galope y le puso otras cuatro.

—Eres un buen muchacho, dijo el padre, y vales tanto como tu hermano, y no sé en verdad cómo decidir entre los dos. Pero el tercero di

—Padre mío, ahora me toca a mí. Y como empezaba a llover, sacó su espada y la agitó en todos sentidos encima de su cabeza, de modo que no le cayó ni una gota de agua. Aumentó la lluvia, y cayó al fin como si la echaran a cántaros, paró toda el agua con su espada, y permaneció hasta el fin, mojándose tan poco como si hubiera estado a cubierto dentro de un cuarto. Viendo esto el padre, no pudo ocultar su asombro.

—Tú has ganado —le dijo—, la casa es tuya. Los otros dos, llenos de la misma admiración, aprobaron la decisión de su padre. Como se amaban todos mucho, permanecieron los tres juntos en la casa, ejerciendo su profesión, y ganaron mucho dinero. Vivieron dichosos hasta una edad muy avanzada. Habiendo muerto entonces uno de ellos, los otros se disgustaron de tal modo, que cayeron

enfermos y murieron también. Y a causa de su habilidad común y de su recíproco afecto, se les enterró a los tres en la misma tumba.

Tomado de <https://bit.ly/2ukhhcH> (19/03/2018)

Jacob Grimm (1785-1863) y **Wilhelm Grimm** (1786-1859). Escritores románticos alemanes. Recopilaron conjuntamente varios relatos de la tradición oral de su país, por lo que es frecuente escuchar hablar de los Hermanos Grimm. Entre sus cuentos más conocidos están *Elisa, la lista*; *La fuente de las hadas*; *El pescador y su mujer*, entre otros.

La estación del tren

Paloma García-Pelayo

Ana vivía muy cerca de la estación del tren. Por eso iba todos los domingos a ver pasar los trenes. Ana iba con su abuelo, ya que a los dos les gustaban mucho los trenes. Ana y su abuelo llegaban sobre las once de la mañana y se sentaban en un banco de la estación. A los pocos minutos aparecía el tren expreso, que tenía vagones de coches cama y literas y también un vagón con cafetería y restaurante. Allí se bajaban los viajeros y otros continuaban el viaje.

Al cabo de un rato se oía pitar un tren a lo lejos. Ana y su abuelo ya sabían que era el talgo, que paraba un momento y luego seguía su viaje. El talgo parecía un gusano, ¡un gusano muy corredor!

A las doce pasaba el intercity. Era el tren que más le gustaba a Ana. Corría por las vías a mucha velocidad sin hacer casi ninguna parada.

Cada media hora pasaban los trenes de cercanías, que llevaban a los viajeros de unos pueblos a otros. Estos trenes llevaban pocos vagones y eran los que más le gustaban al abuelo de Ana. Cuando ya se acercaba la hora de comer, la niña y su abuelo volvían a casa, felices por haber visto tantos trenes.

Tomado de <https://bit.ly/2zZXpkK> (12/05/2018)

Paloma García-Pelayo (1963). Escritora y periodista española.

La mitad de Juan

Gemma Lineas

Juan está harto. En casa, todo el mundo le riñe para que no haga nada de lo que hacen las niñas.

—Juan, ¿por qué pintas el árbol de color plata? Así los pintan las niñas..

—Juan, ¿estás llorando? Vamos, sécate las lágrimas, que los niños no lloran.

—Juan, ¿estáis jugando a marineros? Pues tú tienes que ser el capitán.

En el colegio se ríen si hace lo mismo que las niñas.

—Juan es una niña porque ni juega al fútbol.

—¡Juan! ¿Dónde vas con esa camiseta rosa? ¡Pareces una niña!

Juan está más que harto.

Ha decidido que, para ser un niño, tiene que deshacerse de todo lo que sea de niña. Así que coge una caja de cartón vacía y mete en ella la camiseta rosa, el cuento de princesas que le gusta más que la pelota y el rotulador de color plata. Antes de cerrarla, aún guarda dentro tres lágrimas que, sin querer, le caen de los ojos.

Después entierra la caja en un rincón del jardín.

—¡Ahora ya soy un niño! —dice.

Y juega al fútbol, y pega puñetazos cuando se enfada, y se ríe de las niñas porque llevan zapatos blancos y rosas, y cuando tiene ganas de llorar, se aguanta. Lo pasa muy mal y se aburre mucho, pero ahora ya es un niño.

—Eso es lo que tú te crees —dice el hada Menta.

—Entonces —pregunta Juan—, si no soy un niño, ¿qué soy? ¿Un gusano? ¿Un cocodrilo?

El hada Menta se parte de risa.

—Frío, frío —le dice. Seguro que no lo adivinas.

—¿Una patata? ¿Un buñuelo?

El hada Menta dice que no.

Juan está preocupado. Él quería ser un niño. Ha hecho todo lo necesario y ahora resulta que no lo es.

El hada Menta no ha aparecido para dar la lata a Juan, sino para ayudarlo.

—Acompáñame —le dice.

Y juntos van hasta el espejo del baño. Como queda muy alto, el hada Menta acerca un taburete para que Juan se suba. Juan lo hace y se mira en el espejo.

—¿Qué ves? —pregunta el hada Menta.

Juan se ha quedado tan parado que casi no puede hablar. Ve...

—Solo veo medio Juan.

¡Y sí! En el espejo solo hay un ojo y una oreja y un agujero de la nariz y la mitad del pelo y un trozo de la cara y la mano derecha y la pierna derecha...

—Solo eres la mitad de Juan —dice el hada.

De la sorpresa, Juan está a punto de perder el equilibrio.

—¡Ea! Baja o te caerás.

Desde el suelo, Juan mira al hada sin entenderla.

—¿Es que no te dabas cuenta?

Juan mueve la cabeza de un lado a otro para decir que no.

—A ver —dice el hada Menta—. ¿Cómo te lo has pasado estos últimos días, bien o mal?

—Mal —dice Juan.

—¿Has estado contento o triste?

—Triste.

—Quizás te falta algo...

—¿Qué? —pregunta Juan.

—Piensa —dice el hada Menta.

Juan se rasca la nariz porque así puede pensar mejor. Y de golpe se le ocurre.

—¡Ya lo sé! Me faltan las cosas que enterré en la caja de cartón.

—¡Exacto! —grita el hada Menta.

Juan y el hada Menta corren al jardín a desenterrar la caja. Juan saca la camiseta rosa y se la pone. Coge el rotulador de plata y se dibuja una pulsera en la muñeca. Y se coloca el cuento bajo el

brazo, porque quiere irse a la cama a mirarlo enseguida. Y con mucho cuidado, recoge las tres lágrimas y se las guarda para cuando tenga ganas de llorar.

Y ahora Juan se siente tan contento como en el día de Reyes.

—¿Sabes por qué te sientes feliz, Juan? Porque ahora ya no eres medio niño, sino un niño entero.

Juan se toca la oreja y el ojo. Sí, está todo en su sitio.

—Claro, hombre. No hagas caso a nadie que te diga que te saques de encima todo lo que es de niña.

—Pero, entonces, ¿seré una niña?

—¡No! Serás un niño entero.

—¿Aunque haga cosas de niña?

El hada Menta ríe mientras da vueltas muy veloz y se aleja.

Mientras la sigue con la mirada, Juan piensa que Menta parece una bengala. El hada Menta frena en seco, guiña el ojo a Juan y le señala a una niña.

—Es Mar. Ahora verás qué hace.

Mar se acerca a un árbol y, de un agujero del tronco, saca un bulto. Lo desenvuelve.

—¡Jolín! —dice Juan. ¡Zapatos con tacos y rodilleras para jugar al fútbol! Pero si es un juego de niños...

—Juan, no hay juegos de niño y juegos de niña. Solo hay juegos de personas, como jugar a la pelota y saltar la cuerda, y jugar a coches y a cocinitas, y subirse a árboles y hacer dormir a los muñecos...

—¿Vale todo si eres persona?

—Vale todo lo que te gusta.

Y solo tú sabes lo que te gusta; los demás no tienen que decírtelo. Entonces Juan oye un silbido. Es Mar.

—¡Eh! ¿Quieres jugar conmigo al fútbol? —le pregunta ella.

Juan se va corriendo a jugar un partido con Mar, vestido con su camiseta rosa y la pulsera de plata pintada en la muñeca.

Tomado de <https://bit.ly/2FrT62H> (14/02/2018)

Gemma Lienas (1951). Profesora española de lengua y literatura. Fue directora literaria en dos editoriales y dio clases en la Universidad de Barcelona. En 1998 dejó el mundo de la edición para dedicarse a escribir.

